

de lo inorgánico a lo orgánico si fue un hecho innegable?

Asentar este absurdo equivaldría a sostener que, en las primitivas edades, la materia era de otro modo, de otra naturaleza que la que actualmente tiene y que esencialmente consiste en la imposibilidad de engendrar la vida.

Seguramente en lo absurdo de todas esas conclusiones del materialismo pensaba Bernardo Cotta, cuando en un momento de sinceridad, exclamó: «La primera aparición sobre la tierra de seres orgánicos es un enigma indescifrable que nos obliga, a pesar nuestro, a recurrir al poder infinito de un Creador.»

JOSÉ TOMÁS ESCALLON

(Continuará)

## LA LLAMA

Repicó bullicioso y con prisa el timbre de la puerta, donde, a la vez que unos dedos impacientes tamborileaban, oíase en filarmónicos silbidos una canción de moda.... Carlitos y Maruja, como al conjuro de un resorte, abandonaron presurosos los juguetes para salir a recibirle. Ya sabían quién era. De aquel modo sólo se presentaba el tío Alvaro. «Otro chico» para ellos.

—¿Eres tú, tío Alvaro?—Preguntó Maruja, por si acaso, antes de abrirle.

—¡Eso no se pregunta!—le interrumpió Carlitos con aires de superioridad.—¿No conoces su música...?

La puerta se abrió, al fin ante la atónita doncella de la casa, que no se podía explicar el móvil de los servicios, tan oficiosos como extemporáneos, de sus pequeños señores.

Alvaro, seguro de que eran Carlitos y Maruja los que tan precipitada como alegremente salían a recibirle, abrazó—equivocado—a la doncella y apresuróse a deshacer su error besando a los chicos y dejándose conducir por ellos a la sala.

Ya en ésta, se acomodó en una butaca, y aguantó, cachazudo, la larga exhibición de los últimos juguetes. Después jugarían. ¿No le gustaba a él jugar?

Sí; pero luégo, cuando charlara un rato con sus padres.... ¿No se habían enterado de que estaba él allí?

—¡Eh, familia...!—gritó estrepitoso para que se presentasen.

—No están—le contestó Carlitos, haciendo al recordarlo un picaresco mohín de satisfacción.

—Mamá fue a la iglesia a confesarse; como mañana es día de comulgar...—agregó Maruja, misteriosa.

—Papá está en el Congreso; como es diputado—acabó de informarle Carlos, que a su vez hubo de preguntar:—¿Tú no lo eres?

—No. ¿Para qué?

—¡Toma!—expuso el muchacho.—Para traernos caramelos. ¿Tú no sabes que en el Congreso dan caramelos y agua con azucarillos? Sólo que antes tienen que decir: «Pido la palabra.»

—Aunque yo me figuro—le interrumpió Maruja—que mejor sería: «Pido los caramelos.» ¿No te parece, tío Alvaro?

—Lo que me parece, queridos sobrinos, es que estáis vosotros muy bien enterados de lo que pasa en el Congreso

—¡Y yo sé más!—añadió Carlitos.—Sé que para ser diputado no hace falta más que tener automóvil, sombrero de copa y hablar mucho. Papá estuvo hablando en todos los pueblos del mundo hasta que los convenció de que debían de votar su... no sé qué.

—Su *caricatura*—definió Maruja.

—Bueno... su *eso*. El caso es que nos vinimos a Madrid y que ya no volveremos a Guadalajara hasta que yo sea hombre...

—Y entonces, ¿para que vais a volver?

—¡Para que entre yo en la Academia de Ingenieros! ¿Tampoco sabes que voy a estudiar para ingeniero?

—Lo que sé, Carlitos, es que tú sabes mucho. ¿Dónde lo aprendiste? Porque en el colegio no habrá sido...

—El maestro no nos enseña mucho; pero los chicos, ¡en cambio...!

—Y a los chicos, ¿quién los enseña?

—¡Vete tú a saber!

Y en toda suficiencia confesó:

—A mí me han dicho que ya no hay Reyes Magos?...

—¿Cómo que no hay Reyes Magos?—prorrumpió el tío con sorpresa.

—Y que en el arca de Noé no cabían todos los animales...

—¡Ah!, ¿también eso? ¿Y qué animales se quedaron fuera?

Maruja, convencida:

—¡Como no fueran los peces!

Alvaro tuvo lástima de Carlitos. Y besó a Maruja.

—Dijiste bien, Maruja. Fuera del Arca de Noé no quedaron más animales que los peces... y tu hermano...

—Oye, tío Alvaro—protestó Carlitos.—¡Que yo no miento! Y de los Reyes Magos aún se más... Y papá se ha reído...

—Y mamá lloró mucho...—musitó, contrariada, la angelical Maruja.

—A ver, a ver ... ¿Cómo fue eso? Contadme.

—Pues tú verás—contestó Carlitos:—Que llegué yo del colegio preguntándole a papá si él creía en los Reyes, y soltó una carcajada... Le dije lo del Arca de Noé, ¡y se volvió a reír...! Yo entonces miré a mamá, que se puso a llorar como una tonta.

Maruja la disculpó:

—Porque mamá cree en los Reyes, y en el Arca, y en todo, ¡como yo! Carlitos está condenado.

—¿Tú crees...?—interrogó sin miedo el aludido.

—Creo... que hace vuestro padre muy mal en reírse; no me extraña que vuestra madre llore, y tú, Carlitos, me apenas... Hay que creer, sobrina, en los Reyes, en el Arca y en todo lo que os enseña vuestra madre. Si en nada creéis ahora que sois niños, ¿en qué podréis creer cuando lleguéis a hombres?

Alvaro habló con sus hermanos. Lucía, su hermana, se lo agradeció con toda el alma. Carlos, su cuñado, se encogió de hombros; ¡qué sabía el pobre Alvaro acerca de eso! ¿Encontraba mal que a los niños se les limpiase de musarañas la cabeza? ¿Creía preferible que las mentiras convencionales de la educación siguiesen alimentando los débiles cerebros de la infancia? ¿Por qué no preparar a los niños para que sepan ser hombres...?

No supo Alvaro qué contestar. A fin de cuentas, ¿a él quién le metía en asuntos ajenos? ¿No era Carlos el padre de sus hijos? ¿Y no era tenido por todos como un hombre de talento?

Se marchó mal humorado. ¡Allá él! Con superhombres como él, catedrático de biología y diputado a Cortes, no podían discutirse ciertos sentimientos.

Carlos era algo más que el padre de Carlitos y de Maruja: era un *padre de la Patria*, que, interesándose por ella, hasta ya tenía a punto de redactar una

enmienda al presupuesto de Instrucción suprimiendo las consignaciones para la enseñanza religiosa... Su liberalismo no podía contentarse con menos. El no quería confundirse con ciertos anticlericales que entregan sus hijos a los jesuitas para que se los eduquen.

Lucía sufrió en silencio las ofensas que, inconscientemente, hubo de inferirle Carlos.

Para Carlos, aspirante a ministro, su programa de gobierno era la más esencial de todas las preocupaciones de su vida: separación de la Iglesia y del Estado, divorcio, sufragio femenino... ¡Había que reformar la sociedad...! ¡Abajo la tradición...! ¡Abajo las costumbres de nuestros padres...!

Y, sin embarbo, él era feliz en su hogar. Un hogar cristiano, una mujer muy femenina y unos hijos dignos de tal madre.

Con esto no acababa él de transigir. ¿Los hijos bien educados por la madre? ¡Qué hijos esperar él así...!

Pensó en llevarlos internos a una famosa institución laica—extranjera, por supuesto—donde, a juicio de él, *se los civilizaran*.

Lucía se opuso. Los hijos, mientras no llegasen a la mayoría de su edad, serían de la madre. Y luego, ¡que ellos decidiesen!

Carlos no se conformó con este criterio. De hombres se encogió una vez más y aguardó el momento oportuno. Todo llegaba...

Lucía, en tanto, se acercó aún más al corazón de sus hijitos. Mientras el esposo pretendía ocuparse por la felicidad de la nación, aun a trueque de deshacer la suya, la mujer se limitaba, fervorosa, a consolidar la de su hogar.

Por las noches rezaba con sus hijos, despertando en ellos el amor a Jesús, la devoción al Hijo de Dios,

que murió crucificado por los hombres... ¡La fe en los Santos Evangelios, de tan divino encanto, que no parecen escritos por los hombres...!

La llama de la fe se encendió inextinguible, en aquellos corazones puros; el fuego de las almas de los niños iluminaba la conciencia de la buena madre.

Carlitos creyó de nuevo en los Reyes y en el Arca, y en cuanto su madre quiso que creyera.

Y ante su padre calló siempre, temeroso de que pudiera reírse ¡como la otra vez!

Cuando Carlitos le preguntó a su madre:

—¿Por qué se rio papá?

Lucía sólo supo decirle:

—Porque le hizo gracia tu pregunta.

—Pero él—insistió el muchacho,—¿por qué no va a misa contigo, ni confiesa ni comulga? ¿Es que no cree en Dios? ¿O se puede creer en Dios sin entrar en las iglesias...?

Lucía palideció, horrorizada, sin atreverse a contestar. Carlos era un hombre bueno, honrado, amante de sus hijos. Pero, como la inmensa mayoría de sus compatriotas, era, cuando menos, un indiferente ante su religión.

—¿Qué hombres son éstos—pensaba ella—hijos de católicos, bautizados como católicos, casados como católicos, y, sin embargo, ausentes de sus iglesias, ajenos a su culto hasta el crítico momento de sentirse morir...? ¿Qué fe es la suya? ¿Qué vergüenza es la suya de no pisar el templo de ese Dios, del que tanto se olvidan y al que, ¡en sus últimas horas! tanto temen...?

Lucía, que amaba a su esposo, tembló por él; ella, hija de un ilustre diplomático y educada en los Estados Unidos, había dado la vuelta al mundo, y pudo ver cómo todos los pueblos, todos los hombres, tienen

una religión, una fe, y se enorgullecen de rendirla culto: lo mismo las razas semisalvajes, que adoran a Buda, que las refinadas devotas de cualquier secta cristiana... Un mahometano, un judío, un evangelista, ¡hasta los mismos católicos!—lejos de allí,—no se recatan nunca de asistir a sus templos, que ellos mismos, sin auxilios oficiales, de su peculio personal sostienen...

Y un hombre sin religión es en cualquier parte —menos entre nosotros—mirado con desprecio.

Carlos no lo ignoraba. Pero sentíase cobarde para reconocerlo. Hasta que una noche...

Una noche se acostó temprano el matrimonio. Carlos llegó del Congreso con un fuerte dolor de cabeza, de un luminoso discurso contra el Concordato, y se acostó sin cenar. Sin cenar... y sin dar los acostumbrados besos a sus hijos.

Ya en la alcoba, Lucía se lo advirtió:

—No has besado a los niños.

—No.

—¡Ve a besarles!

—¿Para qué? Ya estarán dormidos.

—Por si no lo estuviesen. No te acuestes nunca sin besarles. ¿Qué no darías tú porque tu padre te pudiera besar todas las noches...?

A medio vestir salieron de su alcoba y se asomaron a la de los niños. Estaban a oscuras. Pero fácilmente, aun entre las sombras, pudieron distinguirles: la llama de la fe ardía...

Maruja y Carlitos, de rodillas en sus camas, les brindaban sus rezos.

—Virgencita mía, ¡danos salud a todos y *el pan nuestro*...!

El niño suplicaba:

—Jesús mío, no te olvides nunca de nosotros, ¡y perdónale a papá que no sepa lo que hace...!

Carlos sintió saltar su corazón cual si quisiera salirse del pecho.

Entró. Besó a la niña en sus manos cruzadas y al niño en la frente. Y se enjugó una lágrima...

MIGUEL DE ZARRAGA

(De *La Tribuna* de Nueva York).

## ENRIQUE MONSALVE

Con pesar en el corazón y lágrimas en los ojos, escribo estas líneas, para tributar el postrer homenaje al discípulo y amigo que acaba de pasar de la existencia instable del tiempo a la inmóvil vida de la eternidad.

Enrique Monsalve nació en la ciudad de Santo Domingo, Departamento de Antioquia, de una familia patriarcal donde se conservan intactas la fe católica, la integridad de las costumbres y las sanas tradiciones de los mayores. Después de los estudios primarios en la tierra natal, vino al Colegio del Rosario en el último año del rectorado del señor Marroquín. Desde el principio se distinguió entre sus numerosos condiscípulos por el vigor de las facultades intelectuales y se hizo querer de todos sus camaradas por las condiciones de carácter que lo realzaban.

Terminado el bachillerato, fue uno de los fundadores de la facultad profesional de filosofía y letras y el primero que obtuvo en ella el grado de doctor. Su tesis, titulada *Clásicos y Románticos*, mereció elogios de los periódicos serios de la capital. Se dedicó a la carrera del magisterio. En el Colegio del Rosario desempeñó el cargo de inspector y, más tarde, el de prefecto general. Dirigió como rector el Colegio de «José